

Fernando Verdugo SJ¹

Universidad Católica de Córdoba, 25 de Octubre de 2010

Agradezco la invitación a participar en esta VI Jornada de reflexión sobre Responsabilidad Social Universitaria (RSU). Mediante estas jornadas ustedes están abordando un aspecto *fundamental* de la propuesta de educación superior que caracteriza o debiera caracterizar actualmente a toda universidad adscrita a AUSJAL. Lejos de ser una moda traspasada desde el mundo de la empresa, la RS hace mucho rato que viene siendo *un modo de nombrar una dimensión constitutiva de nuestra misión e identidad*. Más aún, yo diría que desde los inicios de las universidades vinculadas a la Compañía de Jesús a mediados del siglo XVI, han tenido entre sus propósitos y rasgos distintivos la formación de estudiantes con sentido ético y espíritu de servicio, como también la contribución a la gestación de una sociedad mejor. Obviamente, los énfasis y las formulaciones han cambiado según tiempos y lugares.

Nuestra presencia aquí se debe a la participación que tuvimos en una Jornada con propósitos similares en la Universidad Católica del Uruguay. A Daniela Gargantini, Vicerrectora del Medio de la UCC, le pareció que la conferencia y talleres que ofrecimos allí podían ser de interés también para ustedes. Es bueno que las Universidades vinculadas a la Compañía de Jesús en el Cono Sur vayamos compartiendo experiencias, reflexiones y prácticas.

Comentábamos en Montevideo que abundan las conferencias y documentos que tratan sobre asuntos de identidad y misión. No son pocos, por ejemplo, los que abordan la RSU en AUSJAL². Se podría decir: “¡Está todo dicho!”, o bien “¡hay tanto escrito, pero se lee poco!”. Tal vez lo que falta es considerar cómo se concreta en las universidades los propósitos y rasgos que hemos adoptado o destacado como propios. No siempre los criterios mediante los cuales se nos mide en los procesos de acreditación, nacionales e internacionales, permiten visualizar los estados de avance en tales propósitos y características ignacianas. A lo más -y esa ha sido nuestra experiencia-, los pares evaluadores destacan el alto nivel de identificación con la misión institucional que observan entre los miembros de la comunidad universitaria: estudiantes, académicos y funcionarios. Aspectos tan esenciales como la RSU no están presentes en las pautas de evaluación. Más bien hemos tenido que introducirlos, un poco a la fuerza, en los procesos de evaluación.

El propósito de esta conferencia, por lo tanto, no es presentar una vez más la misión e identidad de las universidades jesuitas o ignacianas, y en particular el tema de la RSU. Más bien queremos **compartir reflexiones y experiencias sobre cómo concretar en las**

¹ Doctor en Teología por la Universidad Pontificia Comillas, Madrid. Vicerrector de Integración y Relaciones Universitarias de la Universidad Alberto Hurtado de Chile.

² El más reciente es “*Políticas e Indicadores de Responsabilidad Social Universitaria en AUSJAL- Documento Base*”, que incorpora elementos ya presentes en: “*Lineamientos Generales para la Responsabilidad Social Universitaria en AUSJAL*” e “*Iniciativas para acciones sobre Responsabilidad Social Universitaria en AUSJAL*”.

universidades los propósitos y rasgos adoptados, de modo que aprendamos y nos ayudemos unos de otros.

Hace 10 años, el Rector de la Universidad Alberto Hurtado, P. Fernando Montes S.J., luego de tres años de fundación de la misma, me solicitó que contribuyera a perfilar la *identidad ignaciana* de la Universidad. Esa solicitud me pareció muy desafiante, aunque difícil de abordar. Implicaba, en primer lugar, familiarizarse con lo que significa ser una Universidad jesuita o ignaciana. Como decía, la literatura es y sigue siendo abundante: desde textos fundacionales de la Compañía de Jesús, como son las Constituciones, hasta los más recientes artículos y conferencias de la reunión de Rectores que tuvo lugar en la Universidad Iberoamericana de México, pasando por una serie de obras más sistemáticas. Luego, una vez adquirida una mejor comprensión de los rasgos fundamentales de nuestra identidad, había que considerar qué hacer, cómo y con quién, para que lo *ignaciano* repercutiera en cada ámbito de la vida universitaria: la docencia, la investigación, los servicios prestados a la sociedad, la convivencia cotidiana, la estructura organizacional, las formas de gobierno, etc. Sabiendo que queda mucho por camino por recorrer, aceptamos el desafío de compartir con ustedes algo de lo que hemos hecho, de nuestros logros y dificultades. Confieso que aceptamos el desafío porque era, también, una oportunidad para detenernos y mirar el camino recorrido.

No es posible ofrecer una visión exhaustiva de la identidad ignaciana plasmada en la UAH. Esto supondría una evaluación con indicadores que habría involucrado a muchos actores de la comunidad universitaria, y también del entorno para ver cómo nos perciben. Más bien, quisiera presentarles algunas convicciones a las que he llegado, luego de 10 años involucrado en estos temas. Comenzaré con algunas reflexiones sobre la misión e identidad de las universidades vinculadas a la Compañía de Jesús, donde el énfasis estará puesto en la necesidad de permanente reformulación. Luego, sabiendo que hay muchos ámbitos en que lo ignaciano está llamado a hacerse presente en la vida universitaria, he escogido dos, la estructura organizacional y la Vicerrectoría de Integración, considerando también que luego, en el taller y en conversaciones posteriores, abordaremos otros dos: el modelo pedagógico y el ejercicio del liderazgo. Si he optado por esta presentación que combina experiencia y reflexión, se debe precisamente a que la identidad se construye a partir de lo que queremos ser y de lo que, efectivamente, hemos sido.

1. La misión e identidad: en continua reformulación

Las demandas para el desarrollo y las múltiples transformaciones experimentadas por nuestras sociedades bajo la presión de la globalización, los procesos de secularización y el mayor pluralismo existente, como también las crisis y deseos de prestar un mejor servicio dentro la Iglesia, han llevado a las universidades católicas y jesuitas, como pocas veces en la historia, a preguntarse por su **misión e identidad**. ¿Cuál debe ser el aporte y el sello de estas universidades en las sociedades en que hoy están insertas? No cabe duda que la universidad tiene una responsabilidad hacia la sociedad en que se inserta, pero ¿vale la pena dedicar personas, energías y recursos a esta tarea? ¿Tiene sentido jugarse por una propuesta universitaria en un medio cada vez más competitivo, donde las alternativas provienen no sólo de dentro sino también de fuera del país? A juzgar por los hechos, la

respuesta de la Compañía de Jesús a estas dos últimas preguntas ha sido positiva. En efecto, no sólo ha mantenido y desarrollado las instituciones de educación superior que estaban a su cargo sino que, además, ha emprendido nuevos proyectos. En América del Sur, por ejemplo, se ha comprometido con al menos cinco nuevos proyectos universitarios durante los últimos 25 años: la UC del Uruguay (1985), la UAH de Chile (1997), el ISEHF de Paraguay (1997) el Instituto Universitario Jesús Obrero de Venezuela (1998) y la Universidad Ruiz de Montoya del Perú (2003).

En cuanto a la **misión**, mi impresión es que las universidades vinculadas a la Compañía de Jesús suelen expresarla con bastante claridad. Y esto no sólo porque sea un requisito de planificación, sino precisamente porque un rasgo fundamental de la espiritualidad que da origen a la tradición educativa ignaciana, es el de alimentar la conciencia crítica acerca de las motivaciones por las que actuamos³. ¿Qué motivó a Ignacio de Loyola, y a sus primeros compañeros, a involucrarse en esta aventura? ¿Qué nos motiva hoy, hombres y mujeres, jesuitas, laicos y laicas a involucrarnos en este proyecto común? ¿Qué caracteriza nuestro quehacer que nos distingue de otros? ¿Se trata de ofrecer al sistema de educación superior más de lo mismo?

La vinculación de la Compañía de Jesús en el ámbito educativo no fue algo evidente. Es sabido que a Iñigo, el peregrino “sólo y a pie”, no se imaginó a sí mismo involucrado en instituciones educativas y de investigación. Nada más ajeno a su trayectoria de vida. De hecho, fue bastante tarde –por los 30 años- cuando él mismo emprendió un proceso sistemático de formación: comenzó en 1525, en Barcelona; luego, en 1526, pasa a Alcalá; enseguida, del año 1528 a 1535, a la Universidad de París. Más tarde, cuando empieza a tomar cuerpo la nueva orden religiosa fundada oficialmente en 1540, tampoco se la imaginó embarcada en la actividad académica. Como bien nos recuerda John O’Malley⁴, fue con posterioridad a la fundación de la Compañía que los jesuitas empiezan a involucrarse en proyectos educativos para todo tipo de estudiante: de manera incipiente en Gandia, en 1546; más abiertamente con el colegio de Messina, Italia, en 1548; y a nivel superior, con el Colegio Romano, hoy la Universidad Gregoriana, en 1551; por mencionar algunas. Al morir Ignacio (1556), la educación se había constituido en el principal ministerio de los jesuitas. Cuando la Compañía fue suprimida en 1773, había más de 800 instituciones de educación. Me parece importante destacar que fue el jesuita Ignacio, y no el peregrino Iñigo, quien captó el enorme potencial que tenía la educación; fue el superior general de los jesuitas y no el apóstol itinerante, quien captó la importancia de las mediaciones institucionales para llevar a cabo la misión a la que él y sus compañeros se sentían llamados. El actual Superior General de los jesuitas, el P. Adolfo Nicolás, nos lo ha recordado en la reciente reunión de Rectores en México:

³ No es casualidad que el punto de partida de los Ejercicios de San Ignacio sea el Principio y Fundamento (23) y que el propósito de los ejercicios mismos sea “quitar de sí todas las afecciones desordenadas, y después de quitadas para buscar y hallar la voluntad divina en la disposición de su vida” (1); o sea, moverse por propósitos despojados de todo engaño y libremente asumidos.

⁴ John W. O’Malley, S.J., *Los primeros jesuitas*, Mensajero-Sal Terrae, España, 1993, pp. 249-298; “How the First Jesuits Became Involved in Education”, en Vincent DUMINUCO, S.J. (ed.), *The Jesuit Ratio Studiorum: 400th Anniversary. Perspectives*, Fordham University Press, New York, pp. 56-74.

“Ignacio llegó a comprender muy tarde que las universidades como tales podían servir para que la Compañía de Jesús cumpliera su misión en la Iglesia. Lo que resulta sorprendente es que Ignacio explica con claridad en las Constituciones por qué le atrajo la idea de lo que él llama ‘universidades de la Compañía’: la Compañía de Jesús acepta ‘encargarse de universidades’ para que los ‘beneficios’ de ‘mejorar la enseñanza y las condiciones de vida...se extiendan más universalmente’. El bien más universal es lo que empuja a Ignacio a aceptar la responsabilidad de las universidades”.

En el tiempo de Ignacio y sus compañeros, junto con las nuevas fronteras geográficas y culturales del mundo nuevo, surgieron dentro de Europa nuevas fronteras eclesiales e intelectuales: el protestantismo y el humanismo renacentista. Conscientes de que ese mundo nuevo que estaba surgiendo ofrecía oportunidades inéditas, Ignacio y los primeros jesuitas no dudaron en valerse de los **medios** considerados más aptos para llevar a cabo su misión: es decir, la de ayudar a las personas a conseguir el **fin** último para el que fueron criadas⁵. Se puede decir que entusiasmados con lo que podríamos llamar la “primera globalización”, encontraron en las universidades un modo de profundizar y ampliar el aporte de su carisma y misión, una oportunidad para sumarse más eficazmente a la gestación de un mundo nuevo y mejor.

No corresponde aquí presentar y analizar cómo entienden hoy su misión las universidades confiadas a la Compañía de Jesús, en este contexto de la “nueva globalización”. Basta, para hacerse una idea, revisar algunas páginas web donde suelen estar las declaraciones de misión. Fácilmente podemos constatar que las universidades jesuitas tienen una serie de propósitos comunes: una oferta de formación integral y no sólo profesional de los estudiantes; un compromiso académico de calidad, que atiende al entorno local y regional, para la generación de condiciones de vida más justas y fraternas; la generación de espacios para el diálogo interdisciplinar, para el diálogo entre fe y cultura; la inserción en una tradición educativa; etc. Tanto ayer como hoy, la misión de las universidades confiadas a la Compañía de Jesús tienen elementos comunes. Sin embargo, algunos objetivos y su formulación han tenido que variar “según tiempos, lugares y personas”, como tanto le gustaba decir a San Ignacio.

Detengámonos ahora más específicamente en el tema de la **identidad**.

En primer lugar, convengamos con lo que se entiende por identidad y por identidad institucional. La identidad tiene que ver con aquellas cualidades y experiencias con las que, en determinados contextos y situaciones históricas, una persona, una colectividad o institución quiere asociarse y por las que quieren ser reconocida por otros. La identidad no es una esencia innata o una herencia inmutable, sino más bien una realidad dinámica, una construcción histórica que asume el pasado y mira el futuro, en la que está siempre en juego el respeto de los demás y la dignidad humana⁶.

⁵ Cfr. *Constituciones*, 307.

⁶ Utilizo aquí el concepto de identidad que propone el sociólogo de la cultura Jorge Larraín, actual Vicerrector Académico de la UAH (Cfr. *Identidad chilena*, LOM, pp.21-48).

Ahora bien, al igual que con la misión, en este tiempo de globalización acelerada, culturalmente menos homogéneo, más plural y de enorme competitividad, como universidades católicas y jesuitas también nos hemos visto urgidas a repensar nuestra identidad y a poner énfasis en determinadas cualidades por las que queremos ser reconocidas. Recientemente por ejemplo, el superior general de la Compañía de Jesús, en su discurso a los rectores reunidos en México, ha puesto de relieve ciertos desafíos del presente que exigirían reorientar la misión de la educación superior jesuita. A mi juicio, implican también revisar nuestra identidad. Interpelan no sólo el *qué debemos hacer* como universidades, sino igualmente *el modo de hacerlo*. Así, frente a la globalización de la superficialidad, el P. Nicolás insiste en que nuestras universidades debieran caracterizarse por conocer el mundo interior de sus estudiantes y formarlos en profundidad de pensamiento e imaginación; frente a las demandas de universalismo propias de la globalización, invita no sólo a potenciar las redes sino también a abordar mancomunadamente problemas supranacionales que afectan la fe, la justicia, etc.; y frente al incremento de las inequidades y a las amenazas de fundamentalismos y secularismos agresivos, nos invita a direccionar el sentido de nuestra investigación o ministerio académico y redoblar el talante social y de diálogo que nos caracteriza. Como vemos, nuestra identidad no es algo estático: estamos siempre tensionados a tomar conciencia de las cualidades que queremos subrayar o desarrollar: profundidad interior, universalidad en los propósitos, rigurosidad en el diálogo. Una y otra vez estamos siendo desafiados a considerar las cualidades por las que queremos ser reconocidos en nuestros sistemas de educación superior y en nuestras sociedades.

En síntesis, misión e identidad se impactan y modifican mutuamente. La primera define lo que queremos hacer, la segunda, el modo cómo queremos hacerlo. La identidad supone también un relato que da cuenta de la misión asumida, junto con las cualidades con las que nos identificamos en el cumplimiento de la misma. Misión e identidad implican, por un lado, fidelidad a las experiencias y cualidades fundantes, por otro, apertura creativa para responder a los desafíos del presente y del futuro. La vertiginosidad de los cambios que estamos experimentando en medio de esta globalización acelerada nos obliga a una reformulación permanente, quizás más de lo que quisiéramos. El discernimiento constante es incluso más urgente que en tiempos de Ignacio.

Bajemos ahora al nivel de la concreción de los objetivos y cualidades que vamos adoptando como universidad.

2. Las lógicas en tensión: roles y estructura organizacional

En sus de 10 siglos de historia en Occidente, las universidades se han visto afectadas por diversas lógicas o racionalidades que han tensionado y siguen tensionando su existencia y quehacer. Originalmente desarrolladas en el seno de la Iglesia en plena Edad Media, con la Ilustración y el surgir de los estados nacionales de las universidades no sólo se espera que estén al servicio de la verdad, sino, sobre todo, de la formación de los ciudadanos y de los funcionarios que el Estado requiere. En situaciones como la actual, en donde las inversiones y gastos en educación son cada vez más onerosos, tenemos que

reconocer que las lógicas de una administración eficiente y eficaz, fuertemente influidas por una sociedad de mercado, son ineludibles.

En una universidad vinculada a la Compañía de Jesús, **conviven en tensión al menos tres lógicas mayores**: la lógica “académica”, la lógica “administrativa” y la lógica apostólica o “jesuita”. En cuanto a la **lógica “académica”**, ésta es la que le da razón de ser a la universidad. Puede tratarse de una institución simple, es decir con propósitos de docencia y de extensión solamente (como inicialmente muchos *colleges* en EE.UU.); o bien compleja, es decir que incorpora también la investigación como parte de sus propósitos y quehacer. Cualquiera sea el caso, lo sustantivo de una universidad es lo académico; así nos lo recordó a los jesuitas la Congregación General 34⁷. En realidad, esto lo comprendió la Compañía de Jesús desde un comienzo, desde que se involucró en la aventura universitaria. Por eso destinó gente que fuera competente en distintas disciplinas, que se adentrara en esta lógica, y algunos llegaron a ser eximios. La excelencia académica suele ser una cualidad buscada y reconocida de las universidades jesuitas.

A la par de la lógica académica, ya en tiempos de San Ignacio había clara conciencia de que los colegios y las universidades no se podían instalar y sostener sin allegar los recursos necesarios para su funcionamiento y sin contar con una administración adecuada. Sin atender a lo que, en definitiva, hoy llamamos **lógica “administrativa”**⁸. El problema del financiamiento y de la gestión adecuada de las universidades es un asunto muy candente en la actualidad, tanto a nivel nacional como al interior de las instituciones. Las universidades vinculadas a la Compañía de Jesús no nos escapamos de esta lógica, tan influenciada hoy por las dinámicas de mercado.

En cuanto a la **lógica apostólica o “jesuita”**, quizás sería mejor llamarla lógica ignaciana, en la medida en que hoy es más evidente que no son jesuitas los principales sujetos de estas obras, sino laicos y laicas que con algunos jesuitas –cada vez menos– colaboran en un proyecto común. Es importante reconocer, como lo hemos visto, que la Compañía asume esta línea de acción porque abre enormes posibilidades para lo que considera su misión en la Iglesia: “ayudar a las ánimas... a conseguir el último fin para el que fueron criadas”⁹, mejorar la enseñanza y condiciones de vida¹⁰. El P. Adolfo Nicolás nos ha recordado esta lógica jesuita que tensiona nuestras universidades con preguntas como estas: “¿Pueden las universidades jesuitas de hoy continuar con energía y creatividad el legado del ministerio académico jesuita y construir puentes intelectuales entre Evangelio y cultura, fe y razón, para el bien del mundo y sus grandes interrogantes y problemas?”; “¿Si Ignacio y sus primeros compañeros tuvieran que crear la Compañía de Jesús otra vez en la actualidad, seguirían aceptando que las universidades son un ministerio de la Compañía?”; “¿Cuáles son las necesidades de la Iglesia y de nuestro mundo, donde somos más necesarios, dónde y cómo podemos servir mejor? Estamos en esto juntos –jesuitas y laicos, subraya el P. Nicolás– y eso es lo que debemos recordar en vez de preocuparnos

⁷ Cfr. *Congregación General XXXIV*, decreto 17. nn. 5ss.

⁸ Sorprende que en las *Constituciones* de la Compañía de Jesús (1550) haya un capítulo de diez consagrado a los colegios y universidades, con abundantes orientaciones e instrucciones sobre la administración de los mismos.

⁹ *Constituciones*, 307.

¹⁰ Cfr. *Ibídem*, 440.

acerca de la sobrevivencia de los jesuitas”. Lo lógico inherente que motivó a los jesuitas a asumir universidades también debería estar presente hoy en nuestras universidades.

Ahora bien, ¿dónde tiene que estar el sello de la universidad jesuita? ¿Sólo en lo que tiene que ver con la última lógica, es decir con la que estaría más explícitamente relacionada con el Evangelio y la fe, con el ayudar a las personas a alcanzar su fin último trascendente? ¿No debiera incidir nuestra identidad en los propósitos y modos que dan curso a la lógica académica? ¿No debiera nuestra identidad permear la manera de financiar y administrar las universidades?

A mi juicio, si bien sigue siendo cierto que lo sustantivo de la universidad es lo académico, también lo es que sin una buena administración, el proyecto se hace inviable. Y, lo mismo, si lo “jesuita” es adjetivo, esta lógica debiera cualificar el conjunto. Estas tres lógicas, en muchas universidades de la red se expresan y materializan en el organigrama de la universidad; varias universidades vinculadas a la Compañía de Jesús han ido creando vicerrectorías de Administración y Finanzas (o equivalentes), vicerrectorías del Medio, de Integración o de Misión e Identidad (en EE.UU.), además de las tradicionales vicerrectorías Académicas.

En estos años he podido observar que en algunas universidades donde estas vicerrectorías no cuentan con unidades y/o servicios significativos para la vida de la universidad, pasan a ser algo así como “generales sin tropa”, es decir, irrelevantes y prescindibles. De ahí que sea fundamental que se hagan cargo o se les encomienden funciones decisivas para el cumplimiento de la misión de la universidad. En el modo de estructurar el organigrama de la universidad, se muestra un sello propio que pasa a ser reconocido incluso por los de fuera. Confieso, sin embargo, que sigue siendo más fácil explicar en qué consiste una vicerrectoría de administración y finanzas, que una del medio o de integración...

Otro elemento a considerar para el perfilamiento de la Universidad, es que todos los decanos consideren y gestionen las tres lógicas dentro de las Facultades bajo su responsabilidad, y no sólo la dimensión académica. Una forma de asegurar esto, es que se tenga en cuenta las tres lógicas en el proceso de elección del decano y, también, que desde el punto de vista organizacional *trabaje con y responda a* los tres vicerrectores. Al menos eso es lo que hemos intentado, con mayor o menor resultado, en la UAH.

Independientemente de la solución organizacional que se dé cada institución de educación superior jesuita, lo fundamental es captar que estas lógicas están en permanente interacción y tensión, y que debe evitarse las alternativas que generen estancos entre una y otra. En la gestión de cualquier entidad de la universidad, es necesario tener presente y hacerse cargo de lo académico, lo administrativo y lo ignaciano. En este sentido, la constitución de consejos, equipos interdepartamentales, organismos colegiados, etc. ayudan a que todos se sientan corresponsables de las tres lógicas mencionados.

Por último, un breve comentario sobre el lugar que les corresponde a los jesuitas en una universidad vinculada a la Compañía de Jesús, considerando las tres lógicas. Sean muchos o pocos, surge la pregunta, incluso dentro de la Orden, si no debieran restringir, o

al menos priorizar, su presencia a los ámbitos donde prima la lógica apostólica, por ejemplo en la pastoral universitaria. En mi opinión, los cambios numéricos –la disminución drástica de los jesuitas-, pero sobre todo las competencias requeridas para entrar en las otras lógicas, han hecho más candente esta cuestión, cuya respuesta puede ser decisiva para la identidad futura de una universidad. Desde el punto de vista de la Compañía, la capacitación de los jesuitas para las distintas lógicas se ha vuelto más compleja: por ejemplo, un religioso, debido a que entra mayor y tras un largo proceso de formación, se incorpora bastante más tarde a la vida académica que sus pares laicos que, a su vez, son muchos más que antes los que postulan a un puesto en la universidad. Como jesuitas nos preguntamos dónde podemos prestar un mejor servicio: como profesor, como gestor o como pastor. La respuesta a esta cuestión tendremos que abordarla juntos, jesuitas, laicos y laicos, puesto que colaboramos en un proyecto común.

3. Contribuciones a la misión e identidad desde la Vicerrectoría de Integración

En esta última parte, quisiera presentarles las unidades y servicios que prestamos como Vicerrectoría de Integración (VRI), aparte de jornadas de inducción para académicos, funcionarios y estudiantes nuevos. Demás está decir que esta vicerrectoría no es la única que se preocupa de la identidad, ni mucho menos de la misión. Sería no sólo pretencioso sino incluso ofensivo afirmar lo contrario. Me interesa más bien, por un lado, poner de manifiesto componentes de la misión y rasgos identitarios a los que responde y busca contribuir a través de cada unidad. Y, por otro, destacar que la VRI, si bien subraya la lógica “jesuita”, está intrínsecamente vinculada con las otras dos: la académica y la administrativa. Probablemente van a encontrar muchas semejanzas con lo que hace la Vicerrectoría del Medio en la UCC. Confrontar nos ayuda a abrirnos a nuevas posibilidades y, también, a confirmarnos en lo que hacemos.

Como es sabido, tanto “el servicio de la fe y la promoción de la justicia” como la oferta de una “formación integral”, son contenidos de la misión y rasgos identitarios con los que obras vinculadas a la Compañía de Jesús nos queremos identificar.

1. El **Centro Universitario Ignaciano (CUI)**, con dos coordinaciones que articulan lo pastoral y la formación teológica, está al “servicio de la fe” dentro de la universidad¹¹. El pluralismo, asumido y promovido, no puede llevarnos a silenciar nuestra propuesta e identidad creyente, pero se debe hacer al modo “universitario”; es decir, favoreciendo el diálogo entre fe y razón. Destaco también el sello social, integrador y generador de liderazgo de este Centro. Recientemente, por ejemplo, con ocasión del terremoto que afectó al centro-sur del país, organizó y coordinó los trabajos de reconstrucción que movieron a más de 500 estudiantes, más algunos académicos y funcionarios de la universidad. El CUI convoca a estudiantes de distintas carreras y condiciones sociales; favorece, como pocas otras instancias, la integración dentro de la universidad. Pone en contacto, por ejemplo mediante los Ejercicios Espirituales, con las fuentes de la espiritualidad que inspira nuestro proyecto educativo.

¹¹ Existe, también, el *Centro Teológico Manuel Larraín* más dedicado a la investigación y discernimiento de los signos de los tiempos. Este Centro, desarrollado en conjunto con la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Católica, está adscrito a la Facultad de Filosofía y Humanidades de la UAH.

2. Si el “servicio de la fe” cobra vida en el CUI, la “promoción de la justicia” anima al **Centro de Reflexión y Acción Social** (CREAS). Este Centro genera mecanismos para observar, promover y asegurar que el quehacer universitario refleje su compromiso con la justicia, su responsabilidad social declarada en la misión institucional. Por ejemplo, co-organizando seminarios interdisciplinarios sobre asuntos candentes como la migración, la pobreza en los campamentos (o “villas miseria”), sobre voluntariado y liderazgo social, etc. Si bien cada unidad académica de la UAH está conectada con la sociedad a través de sus múltiples actividades, el CREAS se constituye en un *punte institucional* entre la realidad social, las organizaciones y la actividad académica, generando alianzas internas y externas que permitan impactar en la sociedad. Especial mención requiere el aporte que está prestando a la actividad docente, mediante la promoción y capacitación en la metodología de Aprendizaje y Servicio, tan en sintonía con el modelo pedagógico ignaciano. El compromiso con la justicia es también fuente de experiencias y aprendizajes significativos. Por último, cabe señalar que ha sido mediante el CREAS como la UAH ha desarrollado y promovido el concepto de RSU, tanto a nivel nacional a través del proyecto interuniversitario “Universidad Construye País”, como a nivel de AUSJAL participando en la red de homólogos.

El P. Kolvenbach, quien fuera por 25 años Superior General de la Compañía de Jesús, nos recordaba en la lección inaugural que ofreció en la UAH en el 2006, que la *cura personalis* o cuidado de la personas “ha constituido el gran atractivo de la educación ignaciana”. Decía que la *cura personalis* “no queda reservada exclusivamente a la relación entre docente y estudiante, sino que se extiende a la comunidad universitaria, que la asume de una manera activa y responsable. Es que la vida estudiantil tiene el potencial de convertirse en un lugar privilegiado de encuentro, de expresión personal y comunitaria, puede ser un lugar privilegiado de aprendizaje para llevar una vida responsable en la sociedad humana y en el pueblo de Dios, tanto para el presente como para el futuro”. En relación a este rasgo identitario, quisiera presentar otras dos unidades:

3. A propósito de vida estudiantil, la **Dirección de Asuntos Estudiantiles** (DAE) existe precisamente para generar y favorecer iniciativas en ese sentido. Entre otras funciones, promueve y sirve de vínculo con las organizaciones estudiantiles (centros de alumnos, federación de estudiantes); ofrece y coordina cursos deportivos, artísticos, etc. Otra manera de cuidar de los estudiantes es difundiendo y gestionando becas y beneficios. Este año 2010, un 64,8% de los estudiantes de pregrado de la UAH cuentan con algún tipo de ayuda institucional, estatal o mixta, destacándose por esto entre las universidades privadas del país. Este es un reflejo de la RS de la UAH.

4. No es extraño que, durante el proceso formativo, los estudiantes requieran apoyos para mantener (o recuperar) sus motivaciones más profundas cuando se presentan obstáculos, sufrimientos y limitaciones. Con frecuencia se ven enfrentados a conflictos intra-psíquicos, familiares, sociales y económicos que es necesario atender. Derivados por los coordinadores académicos, por la DAE o por otros compañeros, acuden al **Centro de Desarrollo Personal** (CEDEP), atendido por un equipo de profesionales. Este Centro ofrece, además, talleres o cursos de crecimiento personal que se integran al sistema de créditos. Trabajan cada vez más articulados con las direcciones de las carreras, para

desarrollar entre los estudiantes habilidades sociales y capacidad de autonomía, de la cuales tantas veces carecen.

5. Por último, en este mundo globalizado donde nuestra misión e identidad nos impulsa a traspasar las fronteras, la **Dirección de Cooperación e Intercambio** (DCI) apoya a las unidades académicas en la generación y mantenimiento de las relaciones con las universidades de la red jesuita y otras con las que también emprenden proyectos comunes. Además, está a cargo de la promoción y gestión de la movilidad estudiantil. Especial atención se pone en el cuidado de los estudiantes que experimentan, pasiva o activamente, la interculturalidad.

Concluyo señalando que la VRI, con sus unidades, es una concreción de la voluntad institucional de dotar con un sello específico al proyecto universitario. Instancias similares se han ido instalando en otras universidades de la red jesuita. En general, la VRI hacia el interior ofrece programas de impacto transversal, que contribuyen al cumplimiento de su misión formativa. Y, también, cultiva relaciones con el exterior (con la sociedad y con otras universidades) mediante las cuales la Universidad explicita su sello. Ha supuesto invertir en recursos humanos y financieros, que, a su vez, han redundado en beneficios para la Universidad: entre otros, la de contar con una identidad reconocible y coherente con su misión.